

Tablas hoy por hoy

JULIÁN SANTAMARIA, catedrático de Ciencia Política de la UCM y presidente del Instituto Noxa Consulting

LA VANGUARDIA, 31.05.09

Hace treinta años que el Parlamento Europeo es elegido directamente por los ciudadanos de los países miembros, y el estudio de esas elecciones ha producido ya una abundante literatura que coincide en atribuirles algunas peculiaridades. La primera de todas es que ni prima en ellas el debate sobre los temas europeos ni producen gobierno, lo que hace que se las considere como elecciones de segundo orden; es decir, elecciones de menor importancia y, en consecuencia, los ciudadanos se abstienen mucho más que en las elecciones generales. Paradójicamente, el incremento, cada vez más notable, de las competencias del Parlamento Europeo ha ido acompañado de tasas crecientes de abstención.

La segunda característica apunta a que los partidos en el gobierno tienden a perder, sobre todo cuando las elecciones europeas se celebran cerca del ecuador de la legislatura, y que de ello se benefician los partidos pequeños y los que se sitúan ideológicamente en los extremos. El fundamento de estas tendencias se ha relacionado con el juego de tres mecanismos complementarios: la menor movilización, al concedérseles menor importancia; el voto sincero, que induciría a votar por el partido preferido, en vez de hacer un voto útil, y el deseo de manifestar el descontento con el desempeño del gobierno, sin el riesgo de derribarlo, absteniéndose o votando por otro partido.

En España, las primeras elecciones al Parlamento Europeo se celebraron en 1987 y esta será la sexta vez que concurriramos a estos comicios. De las cinco anteriores, el PSOE ganó tres y el PP dos. Con la excepción de 1994, en que las perdió el PSOE, estando en el Gobierno, siempre las ha ganado el partido gobernante, fuera el PP o el PSOE, y, en algún caso, como ocurrió en 1999, el PP multiplicó por tres la ventaja que había obtenido sobre su rival en las generales de 1996. Hasta ahora, ni los partidos pequeños ni los más extremos han obtenido beneficios especiales en este tipo de elecciones. En lo único que España reproduce el modelo descrito es en la baja participación cuando las europeas no han coincidido con otras elecciones.

En España, las elecciones europeas se han centrado siempre, como las generales, en la competición entre los dos partidos principales, dando prioridad al debate sobre los problemas nacionales del momento y limitando, si no ignorando, el debate sobre el futuro de Europa, como si eso no constituyera un problema de primordial importancia para los españoles. En este caso, las elecciones del 7-J van a tener lugar en un escenario marcado por la crisis económica y el desempleo. Nunca, como ahora, la percepción de la situación económica había sido tan negativa, lo que ofrecía al electorado la oportunidad de castigar al Gobierno, y al PP la de obtener una clara victoria, pese a sus problemas internos.

Los resultados de este estudio no avalan esa hipótesis. Sugieren que si ahora tocasen elecciones generales, los resultados serían muy similares a los del 2008 y que en las europeas se da una situación de equilibrio entre los dos partidos principales. De hecho, nunca ha existido entre los ciudadanos mayor incertidumbre acerca de quién ganará. El 39% cree que lo hará el PSOE, y el 38%, el PP, aunque son muchos más los que

prefieren que gane el primero. Esa incertidumbre contrasta con la seguridad que manifestaban en el 2004, cuando casi dos terceras partes del electorado anticipaban el triunfo del PSOE. A una semana de las elecciones, este cuenta con una ligerísima ventaja que bajo ningún concepto le garantiza el triunfo.

Si los datos de nuestro estudio son correctos, el desenlace está abierto. Primero, porque la diferencia entre los dos grandes partidos está dentro del margen de error, lo que exige hablar, hoy por hoy, de empate técnico, de manera que si bien con esos datos correspondería al PSOE un escaño más que al PP, el resultado inverso no constituiría sorpresa alguna. Segundo, porque los electorados de uno y otro partido parecen igualmente movilizados y habrá que esperar para ver si acuden por igual a las urnas o se produce un marcado desequilibrio en la participación, como ocurrió en el 2004, cuando por cada abstencionista del PP hubo dos del PSOE.

En cualquier caso, los datos sugieren un punto de equilibrio que puede vencerse de cualquier lado. Es cierto que la gestión del Gobierno recibe una crítica negativa, que se mantiene la pérdida de confianza en Zapatero y se ven con escepticismo las medidas contra la crisis. Pero, al tiempo, tres cuartas partes de los entrevistados critican la ausencia de propuestas del PP para superar la crisis y Rajoy inspira desconfianza casi al ochenta por ciento de los ciudadanos. La percepción de la situación política es sumamente crítica, lo que podría reflejar tanto la insatisfacción con la gestión del Gobierno como con la falta de colaboración de la oposición. De ello se beneficiaría, esta vez sí, un partido pequeño, la UPyD, que serviría de refugio a los descontentos de los partidos principales.